

La novela proletaria



Angel  
PESTANA

CAIDA DEL  
DICTADOR

Ayuntamiento de Madrid

1848  
1849  
1850  
1851  
1852

# LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Año I

20 de Mayo de 1932

Núm. 4

## LA CAIDA DEL DICTADOR

por

ANGEL PESTAÑA

Portada de ALCARAZ



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

## LA NOVELA PROLETARIA

ha publicado los siguientes números, que servirá a los corresponsales:

*Sindicalista de acción*, por Augusto Vivero.

*Una pedrada a la Virgen*, por J. Antonio Balbontín.

*Las ánimas benditas*, por Eduardo Barriobero.

*La caída del dictador*, por Angel Pestaña.

Los números próximos a publicarse son:

*Mi dama y mi «star»*, por Angel Samblancat.

*La bomba*, por Rodrigo Soriano.

*Pero mató a un burgués*, por Alfonso Martínez Carrasco.

*La ley de fugas*, por Emilio Mistral.

*Una bestia con sotana*, por el capitán Sediles.

y otros originales de máximo interés para obreros y revolucionarios, de Magre, Peiró, Franco, Vivero, Taxonera, etc.

**25 céntimos en toda España**

---

Imprenta Campos (hijos).—Castelar, 30, Madrid.



---

# La caída del dictador

## I

### Las primeras noticias

Cuando leímos la primera noticia de la muerte del dictador Lenín nos sonreímos incrédulamente. ¡Lo habían matado tantas veces, tantas, que, la verdad, nos pareció una de tantas añagazas! Pero, sea como sea, esta vez la noticia tuvo plena confirmación. Las agencias telegráficas dijeron la verdad. La cruda verdad, por esta vez.

En Riga, como en Helsingfors, ya no podrán, mejor dicho, no tendrán necesidad de volver a anunciarnos la muerte del dictador.

Ya no nos darán más noticias truculentas. Ya no nos anunciarán que Lenín, el «hombre de la mano de hierro», ha hecho detener a Trotsky, o bien que Trotsky ha hecho encarcelar a Lenín. Ya no lo precisan. Murió el hombre que tantas veces les obligó a

escribir su nombre y mixtificar sus actos, y más veces aún a ensuciar su cadáver, a lanzar alguna insidia sobre su nombre; pero nada más. Todo lo demás les está prohibido.

Ya no necesitan matarlo. ¡Podría hacerse una estadística, y a fe que sería curiosa, de las veces que las agencias han matado al dictador Lenin!

Desde el día que Dora Kaplan atentó contra la vida del presidente del Consejo de comisarios del pueblo, hasta el domingo aquel en que murió de verdad, ¿cuántas veces nos comunicaron el *fatal desenlace*?

Unas veces lo mataban con una bomba, otras con el puñal. También el veneno jugó importante papel. Rememoraban las agencias los tiempos de dominación teocrática o autocrática, en los que el veneno era uno de los amigos más caramente apreciados por los sojuzgadores de pueblos. Y la mentalidad de quienes adquirieron todos sus bagajes históricos en semejantes pugnias, pensaba que nada de extraño tendría se exhumara en Rusia lo que fué razón de Estado o brazo conquistador en tiempos y períodos ya pretéritos.

Todos esos infundios, todas esas calumnias, todas esas tendenciosas informaciones ya no podrán ser lanzadas, como pasto a los devoradores de pueblos, a los cuatro puntos cardinales. La realidad, por es-

ta vez, y lo repetimos, es más fuerte que el infundio y la mentira.

### Hablemos de Lenin

Pero hablemos de Lenin.

Conocimos a Lenin harto sencillamente.

Hacia pocos días que había llegado a Moscou, a la madre Moscowa, como dicen los rusos.

Invitados a tomar parte en las deliberaciones de la Tercera Internacional, una de las tardes, en vez de ir, como de costumbre, al domicilio social del Comité, se nos indicó que la reunión se celebraba aquella tarde en una de las salas de uno de los Palacios del Kremlin.

Hasta aquel día, los elementos dirigentes del Partido Comunista, que discutían habitualmente con nosotros, eran Zinovieff, Bađek y Bujarsin.

Aquel día la escena iba a cambiar. Se discutía una cuestión muy interesante para la Rusia soviética. La propaganda en el Asia.

La importancia del tema, el alcance, la resolución o acuerdo que sobre el mismo recayera, interesaban a la República Soviética, al partido comunista ruso y a la Tercera Internacional, tuviera la máxima autoridad que un Congreso como el que se celebraba da a un acuerdo o resolución adoptado por la unanimidad. Y como en las conversaciones parti-

culares que servían de preliminar, de sondeo e investigación del criterio de los delegados, habían asomado algunas divergencias, había que obviarlas antes de adentrarse en una discusión pública. Interesaba grandemente la unanimidad en el acuerdo que recayera.

La reunión de aquella tarde era convocada para ello.

Los delegados que más nos interesábamos por cuantos temas se ponían a discusión estábamos todos presentes.

Serrati, con todos los demás delegados italianos. Rosmer representando a Francia.

Jhon, representando a los grupos comunistas norteamericanos.

Levi, con los restantes delegados alemanes.

Delegados ingleses, búlgaros, rumanos, americanos, y quien esta narración verídica escribe.

Entre los elementos dirigentes del partido comunista ruso estaba lo más selecto y conocido.

Zinovieff, presidente de la Tercera Internacional.

Radek, entonces secretario general de la Internacional Comunista.

Luzavsky, presidente a la sazón de la Confederación General del Trabajo rusa y secretario general del Comité organizador de la Internacional Sindical Roja.



Bujariné, el teórico místico del comunismo. Una de las figuras para nosotros más revelantes del comunismo ruso. El más tolerante entonces, no sabemos si habrá cambiado ahora, para con nuestros compañeros, y el más intransigente para un retorno a las normas burguesas, aunque éstas se disfrazaran con el nombre de necesidades económicas. Y el menos partidario de eso que se ha llamado la dictadura del proletariado.

### La vista de Trostky

Allí vimos por primera vez al desterrado de Stalin, León Trotsky.

Hacía ya un buen momento que habíamos llegado a la sala donde debía celebrarse la reunión. Fuimos de los primeros en llegar. Los demás no fueron tan puntuales como nosotros lo fuimos. Los últimos fueron los rusos, los de casa, que diríamos.

Debe decirse, en descargo de ellos, que es propio y conforme a su psicología. Además, estábamos en los comienzos del mes de julio. Era la época del año que en aquel país se conoce por las *noches blancas*. Es decir, es la época en que la noche no existe, en realidad de verdad. Apenas si entre doce y dos de la madrugada se produce un eclipse muy atenuado de la claridad lechosa que predomina en todo el resto de la noche. Pero, aun en este momen-

to del eclipse, de esa claridad, se puede circular fácilmente por las calles no alumbradas. Son noches hermosas y de encanto inolvidables para quienes las han pasado una vez.

La entrada de Trotsky produjo un movimiento de simpatía y acercamiento a su persona de todos los delegados que no le conocíamos personalmente.

Su aire marcial, que demostraba fácilmente al hombre consagrado a la guerra, le hacía simpático a primera vista. No debe negarse que había también, en la mayoría de nosotros, un poco de auto-sugestión y de admiración por el hombre a quien las peripecias de la revolución, la necesidad de la defensa de la misma, habían llevado a un puesto de tanta responsabilidad como era el suyo.

## II

### Un apretón de manos

Previos los saludos de rigor, de fuertes y fraternales apretones de manos, se habló de todo un poco.

A los delegados a quienes no nos conocía nos dirigió palabras de aliento y estímulo.

Nos interrogó acerca de la importancia y alcance

del movimiento sindical y político de los países que representábamos.

Le dimos los detalles más precisos y que nos parecieron más justos.

Luego las conversaciones se generalizaron. Unos de pie, en grupos; sentados los otros, y formando corrillos, esperábamos a que Zinovieff abriera la sesión.

Como la reunión estuviera convocada para las tres de la tarde y eran ya más de las cinco, algunos de los delegados nos impacientábamos por la tardanza en comenzar.

Y como el tema a discutir era importante y ya estábamos al tanto del criterio de la mayoría de los delegados, y como sabíamos que el de algunos de los que mantenían la oposición, de los que discrepaban con el que había sostenido el Comité de la Junta Nacional Comunista era irreducible, preveíamos una discusión apasionada y larguísima, que haría la sesión interminable. Por esto nos impacientaba más el que la sesión no diera comienzo.

Algún delegado de uno de los grupos que discutían se acercó a Zinovieff para indicarle la necesidad de que diera comienzo la sesión, máxime cuando todos los delegados estábamos ya presentes.

—No falta nadie—dijo el delegado que se acercara a Zinovieff.

—Sí; falta alguien—objetó este último.

—No—replicó el otro. Todos los convocados están presentes.

Zinovieff se sonrió.

—Es que hay un invitado a esta sesión que vosotros ignoráis lo está.

—¿Quién?—dijo el delegado.

—Lenín—contestó Zinovieff.

Al oír el nombre de Lenín, un delegado que estaba junto a mí y que oyera pronunciarlo, se volvió hacia Zinovieff, que estaba de espaldas a él, y le preguntó si Lenín concurriría a aquella reunión.

La respuesta afirmativa que dió el presidente de la Internacional Comunista y que luego se comunicó al grupo que nosotros formábamos, en el que, dicho sea de paso, por lo menos éramos cinco o seis que no conocíamos ni habíamos visto a Lenín, hizo languidecer la conversación, fijando todos nuestra vista hacia la puerta de entrada.

Digo puerta de entrada a la que daba a la escalera, y que era, por la que todos nosotros, incluso Trotsky, habíamos entrado.

Había más puertas. Si la memoria no me es infiel, había tres puertas más, que sin duda comunicaban con habitaciones o salones interiores. Pero como nosotros habíamos entrado allí por la que daba a la escalera, suponíamos que por ella llegaría Lenín.

## La entrada de Lenín

Por fin, ya cerca de las seis, y por una puerta de las interiores, hizo su aparición en el salón un individuo, el que acercándose a Zinovieff, le dijo algunas palabras en ruso y pronunció el nombre de Lenín.

Apenas se hubo retirado el que había sido el último en llegar, Zinovieff se dirigió hacia la parte de la larga mesa que había en el salón y que era el lugar reservado a la presidencia, y agitando la campanilla impuso silencio.

—Podemos empezar, camaradas—dijo—. El compañero Lenín, que estaba convocado para esta reunión, vista la importancia del tema que hoy hemos de discutir, acaba de enviarme recado diciendo que podemos empezar, que dentro de unos minutos estará con nosotros.

El secretario, Radek, dió lectura al tema, que decimos nosotros; a la tesis, que se decía allí, y que era el referente a la necesidad de una intensa campaña comunista y revolucionaria en la India. Como acuerdo se proponía el que, además de la propaganda del libro, del folleto, del manifiesto, de la organización y preparación de mítines, conferencias, manifestaciones y cuantos medios se conozcan de agitación, que los partidos comunistas, o los gru-

pos, allí donde no hubiera partidos, se unieran y pactaran con los grupos, Asociaciones o partidos nacionalistas que hubiere constituídos.

Hasta aquí no existía disconformidad revelante. Se manifestaba ésta cuando, en razón a no sabemos qué concepción política, este último extremo, el de la fusión o pacto con los grupos, Asociaciones o partidos nacionalistas, se quería, y por fin se impuso el acuerdo, que el pacto o fusión con los nacionalistas burgueses, entiéndase bien, burgueses, se hiciera extensivo a todos los demás países.

Serrati, que con casi toda la delegación italiana, exceptuando a Bombachi, que estaba más preocupado en hacer creer a las mujeres rusas que era guapo, que no en concurrir a las sesiones o reuniones preparatorias del Congreso, sostenía la tesis contraria. Conste, de paso, que opinábamos como Serrati. Equivocados o acertados, no comprendíamos jamás la fusión de la organización comunista revolucionaria con los partidos nacionalistas burgueses. ¡Hubiera estado bien ver a la Confederación Nacional del Trabajo unida a la Lliga Regionalista! ¡El disloque!

El criterio de Serrati, como el nuestro, que defendimos abiertamente en aquella reunión, era que se dejara en libertad a cada organización nacional, sindical o política, para que, si lo creía pertinente, se

uniera o pactara con los partidos nacionalistas burgueses para un movimiento revolucionario.

Pero el criterio de uniformidad absoluta que entonces predominaba en el seno de la Internacional Comunista se opuso al amplio y antiuniforme.

Después que Radek hubo terminado la lectura de la tesis, y de que Zinovieff nos invitara a una discusión serena y razonada, dijo éste que, habiendo sido ya repartido entre los delegados el dictamen que presentaba el Comité, los que quisieran impugnarlo podían hacer uso de la palabra. Serrati fué el que primero habló.

### III

#### La discusión continúa y Lenin no llegaba

La reunión transcurría monótona y desabrida. Lo que Serrati decía ante todos nosotros ya lo habíamos escuchado con anterioridad. Además, todos presentíamos que la importancia del debate no alcanzaría sus verdaderos límites hasta que Lenin llegara.

Cada ruido, el más leve rumor que se produjera

hacia el lado donde se hallaban las puertas interiores que había en el salón, nos hacía levantar a todos la cabeza. Presentíamos que por una de aquellas puertas tenía que llegar, y lo esperábamos con ansia.

Peró la curiosidad de muchos de nosotros se impacientaba. Los minutos que Zinovieff nos anunciara tardaría el dictador Lenín en estar con nosotros, iban discutiéndose con creces. Más de media hora hacía que la reunión había empezado y Lenín no parecía.

Lenín se convertía en el hombre misterioso.

¿Qué pasaba?

Terminó Serrati de hablar. Zinovieff, con su voz atiplada, tomó la palabra para contestarle. Uno por uno iba rebatiendo los extremos que abarcara la exposición de Serrati. El tono, a veces agresivo y a veces razonado de Zinovieff, hizo que nos interesáramos todos en sus razonamientos, y que no diéramos importancia, o que se atenuara ésta un tanto, a la llegada del dictador.

Y cuando Zinovieff contestaba más vivamente a uno de los extremos expuestos por Serrati, la primera puerta que al entrar en el salón había a la derecha se abre rápidamente, y un hombre aparece, sonriente y plantado como una estatua, en el centro del dintel.



### La figura del dictador

¡¡¡Lenín!!! Esta fué la exclamación general. Todos nos pusimos, automáticamente, en pie. Y todos, como movidos por una misma fuerza impulsora, abandonamos nuestras sillas con estrépito infernal y nos dirigimos hacia la puerta deseosos de estrechar aquella mano y de contemplar de cerca aquella figura tan rígida.

Fué un momento de emoción intensa, inenarrable. Allí no había idolatría, no podía haberla. Había admiración, cariño, respeto, compañerismo, camaradería, fraternidad. Había ese intenso, ese hondo y profundo, ese eterno amor hacia quien, equivocado o no, consagra su vida, su inteligencia, su actividad y su energía a la manumisión del pueblo.

Todos estrechamos con efusión su mano. Y él, sonriente y complacido, correspondía efusivamente también a nuestros saludos.

Zinovieff, que estaba a su lado, le iba diciendo nombres, y el país que representábamos. A cada uno hacía Lenín alguna pregunta; sería unas veces y humorística otras.

El aspecto de Lenín no tenía nada de extraordinario. A primera vista era un hombre fácilmente confundible. Sólo sus pequeños ojos, vivos y relucientes, tenían un fulgor extraordinario. Cuando mi-

raba fijo y con intensidad, parecía leer en el interior de la persona a quien contemplaba como si lo hiciese en un libro.

Pasados los primeros momentos de efusión, volvimos cada cual a ocupar nuestro asiento. Por un azar de la fortuna, Lenín vino a sentarse casi enfrente de mí, pero al lado opuesto de la mesa. Confieso que durante unos minutos estuve más atento a contemplar aquella figura que a los incidentes de la discusión.

Reanudada la discusión, Zinovieff explicó a Lenín el punto de vista de Serrati, y como la discusión se generalizara en francés, que Lenín hablaba bastante bien, aunque no correctamente, como Trotsky, y no tanto como el alemán y el inglés, que Lenín, según los conocedores, dominaba a la perfección, pude seguir en todas sus incidencias el debate.

### **Unas palabras del dictador**

Cuando Zinovieff hubo terminado la exposición, como Lenín tenía gran interés en que el dictamen del Comité de la Tercera Internacional fuera aprobado, indicó a Zinovieff la necesidad de que preguntara si alguien más que Serrati suscribía o ratificaba lo dicho por éste. Contestamos varios, uniéndonos al criterio de Serrati.

Entonces Lenín hizo uso de la palabra. No pude seguir el discurso de Lenín, ya que éste, por razones de interés, lo pronunció en inglés. Era a los ingleses a quienes interesaba convencer a fondo en aquella cuestión. Y por eso habló en inglés.

No es del caso en esta narración que recordemos aquí lo esencial de aquel discurso. Hemos querido solamente dedicar un recuerdo a Lenín y no entablar una exposición de puntos de vista en relación a su criterio. Por esto lo dejamos al margen.

Pero interesa digamos que la oratoria de Lenín no era profundamente elocuente, pero sí profundamente razonada. No entusiasmaba, en ese sentido general que se da a la palabra entusiasmo, pero convencía.

Para nosotros, obsérvese que casi siempre hablamos desde el punto de vista nuestro, Trotsky nos pareció más orador que Lenín. Menos profundo, pero más orador.

La sesión terminó, como ya hemos manifestado más arriba, porque la mayoría aceptaba el dictamen del Comité de la Tercera Internacional.

El criterio del dictador se había impuesto.

#### IV

### Un estudio psicológico del dictador

Establecido ese primer contacto con el dictador de Rusia, la primera figura del partido comunista ruso, procuré, en la medida de mis conocimientos, estudiar su temperamento y su psicología, ya que debo decirlo claramente, sentía por él una verdadera admiración. No confundí jamás al hombre con el movimiento revolucionario que lo elevó a la consideración de todo el mundo contemporáneo suyo; pero ello no era obstáculo para que intentase conocer lo más posible los rasgos más preeminentes de hombre tan altamente encumbrado.

La tarea no era fácil ni la ocasión muy propicia. Absorbidos continuamente por las discusiones previas de los temas a discutir en el Congreso de la Tercera Internacional, no viendo ni tratando a Lenin más que con intervalos fugaces, estudiándolo y compenetrándome con él solo al través de las discusiones del Congreso y de alguna que otra carta y

rápida conversación personal, fué imposible llegar al fondo de personalidad tan compleja, máxime teniendo en cuenta lo rudimentario de la cultura de quien esto escribe.

Se dirá que en estas cuestiones debiera abstenerme de hablar de Lenin, lo que parece muy razonable. Pero cuando todo el mundo, rojos y blancos, amarillos y encarnados, se permiten hablar del dictador fallecido, sin que lo hayan visto ni tratado, creo pueda permitirme yo también decir dos palabras, ya que tuve la suerte de tratarlo personalmente. Acaso no diga nada nuevo respecto a su personalidad; pero siempre contribuiré a hacer más copiosa la biografía que se le ha consagrado. Y ello redundará en su beneficio.

La personalidad de Lenin era muy compleja. Recuerdo, en relación a esto, lo que dije por aquel entonces en Moscou. Faltaban pocos días para dar por terminadas las tareas del Congreso. Una de las tardes, hallándome en la habitación del hotel ordenando algunas notas que tenía dispersas, me entregaron un cuestionario, también a los demás delegados se les entregó, en el que se nos pedía que expulsáramos el *concepto que nos había merecido Lenin*.

No tengo a mano la copia literal de lo que contesté. El gobierno italiano, al detenerme en Milán, cuando regresaba a España, se incautó de todas mis

notas y documentos, entre los que se hallaba la copia literal de la contestación que yo diera al cuestionario que nos habían presentado.

Pero aunque no conserve la copia literal, si que puedo recordar lo más interesante de la contestación.

### **El retrato que yo hice del dictador**

Decía que la personalidad de Lenin era muy compleja y estaba demasiado cerca y demasiado unida a nosotros en aquel momento para poder exponer una opinión sincera e imparcial de ella. Que yo apreciaba los dotes de actividad infatigable de Lenin, sus condiciones personales, sus conocimientos y su personalidad, aunque reconociera que en la orientación que a la resolución diera no le había acompañado el acierto.

Supé después, por conversaciones particulares habidas con otros delegados, que mi contestación chocó a todos, incluso al mismo Lenin. Y era natural. La mayoría de las contestaciones de aquel cuestionario se deshacían en *alabanzas al jefe, al único hombre, a la personalidad más grande del mundo*, traduciendo así lo que debió ser un acto de justa imparcialidad en una adulación baja y abyecta, que estoy seguro el propio Lenin rechazaba.

Lo sucedido después confirma mi aserto. Mientras hubo delegados que hicieron lo imposible por poder hablar con el dictador, porque éste los recibiera en la intimidad de una conversación personal, no pudieron lograrlo. Todos sus intentos fueron vanos.

En cambio, yo, que desde el primer día mostré mi independencia de criterio y expuse mi disconformidad, sin atenuaciones, pero con respeto, tuve la satisfacción de ser recibido por Lenín, de conversar amigablemente con él y de ser considerado como individuo poco amigo de adulaciones. Pero enemigo de todo cuanto pueda considerarse exaltación de mi propia personalidad, sólo recuerdo esto porque en la Prensa francesa del año 1920 hay unas manifestaciones de Lenín con respecto al juicio que yo le merecí.

Por eso expongo lo que dejo dicho.

Volviendo a lo más interesante, que es la personalidad del ex dictador de la Rusia soviética, del hombre que imprimiera al marxismo un matiz que hasta que él lo hiciera los demás teorizantes del socialismo científico negaron, cabe, repitamos, lo difícil que es, para el tiempo que tuvimos relaciones con él, el exponer grandes consideraciones.

Hay, además, unidos al concepto político que de Lenín puede tenerse, motivos raciales que dan la pauta del temperamento, de la psicología y de la

idiosincrasia del individuo. Todo esto amplía grandemente estas cuestiones, las hace poco asequibles a quienes no tengan nociones muy profundas en estos problemas psicológicos.

Y éste es el caso del dictador.

## V

### La idea del dictador: Lenin

Lenin era un hombre de perspectivas profundas, casi ilimitadas, pero uniformes. Para él la vida no tenía más que un matiz, uno solo, y a lograrlo consagró toda su existencia.

La organización social era para él como una escalera interminable, en la que los de abajo habían de sufrir la autoridad de los de enmedio, y éstos la de los de arriba. Los que supieran más habían de ordenar a los que supieran menos, y éstos debían obedecer. Este concepto está, en principio, de acuerdo con el marxismo; ahora, que llevado al extremo apurado y quintaesenciado por Lenin, llega a la tiranía, que no otra cosa es *la dictadura del proletariado por él preconizada*.

La alegoría del marxismo, el intelectual guiando al obrero, que es la antítesis de lo que nosotros



sostenemos, ya que queremos que quien sepa más enseñe a quien sepa menos, y éste que observe y aprenda, conduce fatalmente al autoritarismo de Estado, todo lo contrario de lo que nosotros preconizamos, que, bien analizado, conduce a la manumisión total del individuo.

Claro que puede objetársenos que la interpretación del marxismo tiene matices y facetas diferentes. Que la interpretación *Kaustkiana* del marxismo no es un error fundamental en el marxismo, del que no pueden librarse ninguna de las dos. Kaustky, de deducción en deducción, llega a confundirse lastimosamente con el régimen capitalista. Va tan lejos en sus deducciones, que no encuentra límite entre el régimen capitalista y el socialismo. Y Lenin, por el contrario, de deducción en deducción, partiendo del concepto que Marx tenía de la lucha de clases revolucionaria y de la necesidad de que la clase trabajadora se apoderara del Estado para desde él ejercer presión en las clases desposeídas por la revolución, llega a la más absurda tiranía.

¿Cuál de las dos interpretaciones marxistas es la que se acerca al pensamiento del maestro, del creador y propagador de la teoría?

Y una teoría que se presta a confusiones tan visibles, ¿puede negarse que existe en ella un error fundamental? O bien aceptemos otro punto de vis-

ta: que el marxismo no ha sido interpretado por ninguno de los dos definidores que, más autoridad reconocida tienen en la materia.

## VI

### Lenín era un absorbente

Lenín por temperamento, por psicología, era autoritario, absorbente; era un temperamento despótico, pero de un despotismo suave, escurridizo, que se infiltraba sin darse cuenta. Sus diatribas contra Kaustky y otros socialistas, el tono despectivo que usaba siempre que discutía con alguien que no se sometía a su criterio, son una luz poderosa de la Rusia soviética.

En la discusión con el adversario no buscaba nunca rebatir las razones que éste hubiera expuesto; sólo procuraba hacerle caer en ridículo para destrozarle, formulando, luego, sus puntos de vista. Y en esto era habilísimo. ¿Verdad que para un hombre de tan fuerte mentalidad era éste un recurso poco noble? Sin duda; pero era un recurso en concordancia con su temperamento autoritario.

En las sesiones del Congreso daba lástima, a veces, ver cómo personalidades solventes del partido titubeaban al exponer alguna idea si ésta no había sido previamente discutida en el seno del partido, temerosas de disentir con el dictador.

No era Lenín enemigo de que se discutiera, no; lo que tenía es que siempre había de imponer su criterio. Su poder de acción, su convencimiento de que la actividad era la fuerza fundamental para que el hombre llegue adonde desea, le hacían llegar a la conclusión de que su criterio era siempre el justo, el verdadero, el único admisible. Por eso, en el curso de las deliberaciones del Congreso no pudo aprobarse ni una sola proposición que no estuviera de acuerdo con su manera de pensar.

Por eso, los aciertos o desaciertos que haya podido cometer el partido comunista ruso en su política nacional o internacional, son casi sólo imputables a Lenín, ya que su temperamento absorbente había creado un partido a su imagen y semejanza, en el que no cabía nadie que pudiera hacerle sombra.

El bolcheviquismo como partido, como organización, era la encarnación del hombre que le dió vida. Al morir ahora Lenín, es fatal que más tarde o más temprano esa organización se diluya o se modifique profundamente.

## El temperamento de Lenin

Ha de decirse, el temperamento del ex dictador ruso, era la encarnación genuína de uno de los aspectos del alma eslava. Formada esta raza con sedimentos de pueblos de origen vario en temperamento y en psicología, al producirse la formación de un pueblo nuevo por el cruzamiento, surgieron dos temperamentos: sentimental, de un sentimentalismo excesivo, místico, uno, y el otro, duro, autoritario, impositivo. Lenin pertenecía al último.

Unid la idiosincrasia propia de los países asiáticos, su indolencia, que es mucha; su desprecio hacia el semejante, que linda con la crueldad, a una mentalidad germana, uniforme, cuadrículada, marchando siempre en línea recta y enamorada de lo colosal, y podréis daros cuenta de la complejidad de Lenin.

Porque Lenin desciende, según todas las probabilidades, de la raza mogol, que es la más dura de las que habitan en Rusia, y fué educado en la uniformidad de las tendencias científicas alemanas.

¿Podrá negarse que, a pesar de cuantos esfuerzos hiciera Lenin para sacudir esas taras de herencia no pudo hacerlo totalmente, y que, por fuerza, hubie-

ron de reflejarse e influir poderosamente en su obra, activa o intelectual?

La violenta y a veces cruelísima uniformidad de la política que al partido comunista impusiera Lenín, no puede atribuirse a otra causa que a la del temperamento autoritario del jefe que fué del partido y a la influencia de la educación uniforme de los teóricos políticos germanos.

Lenín hubiera hecho de Rusia, de haber podido, lo que dijo un escritor que Guillermo había hecho de Alemania: un cuartel, un país de soldados.

No lo pudo conseguir. Razones más poderosas que la voluntad de un hombre, impresa en la política de un partido, lo impidieron. Y poco a poco, hoy una y mañana otra, reculando prudentemente, Lenín tuvo que abandonar la mayoría de sus concepciones. Y es que la vida no se rige ni se guía por uniformismos, por muy científicos que sean. Es variada, múltiple, infinita y sólo en un libre y armónico juego de todas esas variedades hallará la humanidad el camino de su manumisión y de su libertad.

Lenín tuvo la dicha de morir a tiempo. No ha sobrevivido a la caída de sus ilusiones, al derrumbe total de un concepto equivocado de cómo pueden vivir y desarrollarse las inagotables energías que el hombre posee para mejorar sus condiciones de vida

en lucha contra todos los obstáculos. Acaso sea esto su mayor gloria.

Aunque equivocado, cumplió una misión, realizó una obra, nos enseñó a los demás el camino; no para que le imitemos ciegamente, no; sino para que aprendamos, estudiemos y mejoremos su obra.

Es el mejor tributo que le podemos rendir.

¡Hacia la libertad, pero sin dictadura ni dictadores!

ANGEL PESTAÑA

## Al lector:

Perdónanos, caro lector, que interrumpamos, por un número, el sentir, que quisimos dar a esta publicación, puramente obrerista y rabiosamente revolucionaria.

La norma general de nuestro propósito es contribuir a la formación de una cultura proletaria en el cerebro de las clases trabajadoras sanas y conscientes. Esto nos permite intercalar el presente libretto, que deja de ser novela para convertirse en un relato sensacional y sugestivo, trazado por la pluma fuerte y noble del integérrimo sindicalista, en que describe lo que pudiéramos llamar tragedia del derrumbamiento de Lenin. No se ha-

llará retrato más fiel del dictador ruso que el que brota de esta narración.

No es que pretendamos hacer ver en él una actualidad sensacionalista; pero es tan magno el drama escrito por el pueblo ruso en la historia del mundo, que mil años después, el desplome catastrófico de la infame tiranía zarista y el viril alzamiento de los parias, que quisieron y pudieron dejar de serlo al fin, seguirán vibrando en la actualidad como palpita el corazón en el cuerpo vivo.

Aquí, en estas páginas que vas a ver, lector, se nos muestra—no decimos se nos revela, porque Pestaña se reveló hace no poco tiempo—el cronista ágil y profundo que capta el alma de las cosas y encuentra siempre su contenido. Uno por uno, todos los rasgos, todos los gestos de aquél que el Destino quiso que fuera dictador de Rusia, son retratados con singular maestría por el repórter que recogió en su cámara fotográfica hasta lo más hondo de la psicología rusa.

Aprende, lector, hermano en desgracia, la magnitud que tuvieron en importancia



los días aquellos en que las bayonetas, chorreando sangre, señalaban con su enrojecida punta el milagro, el grandioso milagro del resurgir de un pueblo que hasta entonces arrastró cadenas.

Los hombres retrógrados y pusilánimes se esfuerzan en demostrarnos que el hecho de la revolución rusa es un drama bestial e inhumano, con resultas de catástrofe. Nosotros no nos detendremos a analizar los puntos ideológicos, mas sí proclamamos con fervor, que quisiéramos hacer colectivo, que si el pueblo ruso cayera, no una, sino cien veces en infiernos peores que la Siberia, la acción viril de clavar en el pecho maldito de los tiranos la punta justiciera de sus bayonetas, vale por toda una eternidad de hambre y desesperación. Es tan hermoso el consuelo, el bárbaro consuelo de ver humillados en su soberbia imbécil a los que fueron tan grandes duques como grandes tiranos, que bien merece morir después.

Al fin y al cabo, ¿qué es la vida de un hombre o de unos hombres en el infinito mar de la Historia? Nada.

El próximo será

**Mi dama**

**y**

**mi "Star"**

por

**A N G E L**

**SAMBLANCAT**



¿No ha leído usted ningún número de la  
**Biblioteca de los sin Dios?**

Apresúrese a solicitar todos los folletos aparecidos de esta sensacional colección anticlerical, que está revolucionando a curas, obispos y beatas de cruz al pecho.

En ellos aprenderéis cuánta mentira encierra la religión que amenaza envolveros con sus rutinas cavernícolas.

Ya se ha puesto a la venta el primer número, titulado

**Jesucristo, mala persona**, por Augusto Vivéro.

Próximos a publicarse:

**Las alegres abuelas de Jesucristo.**

**Jesús, homosexual.**

**¡Eso de las hostias!**

Libretos de 32 páginas, de nutrida prosa, artística portada, inmejorable presentación

**¡25 céntimos!**

**EDICIONES LIBERTAD**

**Roma, 41. — MADRID**

Ayuntamiento de Madrid